

La pluma dorada (versión extendida)

Clarisa Eris



Capítulo 1

La primera vez que nuestras miradas se encontraron en el taller de escritura, supe que estaba perdido. Situado sólo a dos bancas detrás de ella, casi podía aspirar la suave brisa de su cabello con olor a manzana.

Me distraje pensando en cómo sería tocarlo, observando su piel melocotón y la delicada curvatura de sus hombros. Y es que nuestra historia comenzó con una nota, un folio en blanco donde yo le había escrito: —¿Tienes un bolígrafo?

Ella me respondió que no, pero a cambio me ofreció una exuberante pluma de color ámbar. Los días transcurrieron y nos acercábamos peligrosamente a San Valentín. yo no podía dejar de darle vueltas al asunto, pensando de qué forma lograría el privilegio de robarle una cita y quizás con un poco de suerte un beso o dos. Pero entonces aquella mañana y sin que se lo pidiera, ella volvió a entregarme la pluma, rogándome que estuviera atento a la historia de la misma.

Azahara se puso en pie en cuanto la señorita Melanie le dio permiso para leer su relato. Se situó en el centro de la sala y con voz meliflua nos transmitió a todos su contenido:

—Mi historia se titula “La pluma dorada”, comenzaré a leerla y espero que os guste.

—Mi abuelo Paul siempre fue un hombre de familia acomodada, pero igual que amasó una fortuna, lo perdió todo de la noche a la mañana. Siendo su único tesoro esta pluma, pluma que le regalo mi abuela Susan, como agradecimiento por enseñarla a escribir.

—Mi abuela siempre dijo que el conocimiento era poder y calificó a la escritura como un regalo, una forma maravillosa para expresar y liberar sus emociones. Antes de fallecer me la dejó en herencia, rogándome que se la entregara a alguien que fuera digno de ella, alguien que amara tanto la literatura como la vida misma, y que, si llegado ese momento tenía la suerte de hallarlo, no dudara en casarme con él.

Casi me caí de mi silla al oírla mencionar semejante promesa. La recorrí con la vista de arriba abajo al tomar asiento en su pupitre, y no caí en la cuenta hasta que apoyé los codos sobre la mesa, que Azahara había dejado sobre ella una nota para mí. La desplegué y leí su contenido:

—Tú diste aliento a mi vida con una simple palabra, cuando aquel día me entregaste un pedazo de papel y desde entonces comenzaste a hablarme. Nunca te lo he dicho, pero había planeado suicidarme esa misma tarde, pero de repente apareciste tú e iluminaste mi mundo con tus letras,

devolviéndome la razón de mi existencia.